



Mouriño nombra a Javier Lozano interlocutor de campesinos

■ Pese a que Alberto Cárdenas es rechazado, Gobernación lo impone en la mesa de diálogo

FABIOLA MARTÍNEZ Y GABRIEL ZARAGOZA ■ 16

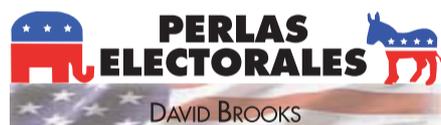
Partidos impiden al IFE aprobar lineamientos sobre publicidad oficial

ALONSO URRUTIA ■ 6

Militares balean en Tamaulipas a dos civiles; sólo uno sobrevive

■ Jefe policiaco y tres agentes hieren a tres jóvenes que no se detuvieron en un retén del DF

CORRESPONSALES Y AGUSTÍN SALGADO ■ 11 y 34



■ 29

hoy

La Jornada SEMANAL

columnas

- EL DESPERTAR • JOSÉ A. ORTIZ PINCHETTI 6
- BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE-RAHME 14
- A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER 18

opinión

- GUILLERMO ALMEYRA 20
- ARNALDO CÓRDOVA 22
- JOSÉ ANTONIO ROJAS NIETO 25
- ROBERT FISK 28
- ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO 34
- CARLOS BONFIL 10a

MAR DE HISTORIAS

El lunar

CRISTINA PACHECO

De lejos Clarisa luce divina, siempre moderna. Aunque trabajamos en la misma empresa, hace tiempo dejé de hablarle. Nuestras compañeras se extrañan porque saben que ella y yo somos dobles primas hermanas. Su papá, Esteban, era hermano de mi madre, y mi padre era hermano de su mamá, Rebeca.

El mapa de los parentescos es complicado, pero hay hilos conductores que nos guían a través de esa complejidad: apellidos, nombres, rasgos que se heredan por generaciones. En nuestra familia, desde el bisabuelo Darío, todos los primogénitos fueron bautizados como él. Los padres quedaban en libertad de agregarle uno o dos nombres más, según el santoral o las exigencias de la familia política: Darío José, Darío Ezequiel, Darío Antonio...

La tradición familiar dispuso que las primogénitas llevaran el nombre de la bisabuela: Clarisa. Mi prima hermana tuvo ese privilegio y además heredó ciertos rasgos que la hacen —mejor dicho, la hacen— una Rodríguez Ponce inequívoca: los ojos negros de nuestra abuela, la cabellera rizada y abundante de su madre, los labios delgados de mi tío Esteban y,

junto a la comisura derecha, el lunar de mi madre que yo no tuve.

Cuando era niña me sentía despojada por mi prima Clarisa. Una vez se lo confesé a mi abuela llorando. Ella se ofreció a resolver mi problema dibujándome, con un lápiz-tinta, un lunar. Temí que la marca desapareciera en cuanto me lavara. Mi abuela tenía el recurso para evitarlo: levantar, con la punta de un alfiler, un trocito de piel bajo el que marcaría el punto. Iba a repetir el procedimiento cuantas veces fuera necesario hasta que la marca se convirtiera en un tatuaje indeleble.

Nunca llegamos a poner en práctica aquel método bárbaro y los sentimientos hacia mi prima no se modificaron. Se reconcentraban cada vez que en las reuniones familiares alguien decía: “¡Qué barbaridad! Cómo se parece Clarisa a su tía Elena”.

Era cierto: el lunar junto a la comisura derecha le daba a su cara el mismo aspecto juvenil y gracioso que conservó mi madre hasta el fin de su vida.

Nunca me imaginé que, a partir de la

muerte de mi madre, mi sensación de despojo frente a Clarisa iba a transformarse en motivo de un mayor apego. Muchas veces, ante el dolor de la pérdida, fui a visitarla sólo para ver aquel lunar que me permitía reconstruir la cara de mi madre, su sonrisa, su voz.

II

Conforme iban muriendo los miembros de la familia nuestras reuniones adquirían un valor agregado. Al vernos y encontrar bajo las huellas del tiempo la fisonomía de nuestros antepasados, recuperábamos la sensación de pertenencia: éramos un grupo concreto frente a las multitudes sin rostro.

Para todos era un gusto ver a Clarisa, depositaria de tantos signos de identidad: los ojos negros de nuestra abuela, la cabellera rizada y abundante de su mamá, los labios delgados de mi tío Esteban y el lunar de mi madre.

De pronto, sin que nos diéramos cuenta, todo empezó a cambiar. Tuvimos que adaptarnos y aprender los nombres complicadísimos con que eran bautizadas las nuevas generaciones: Bellalú, Terec, Anahily, Rosyder, Dultzintzé, Romairel.

A PÁGINA 38

EL MEXICANO EIMBCKE, GALARDONADO EN LA BERLINALE



El Premio Alfred Bauer, creado en honor del fundador del Festival Internacional de Cine de Berlín para distinguir una cinta de mérito artístico destacado, fue concedido al filme *Lake Tahoe*, de Fernando Eimbcke. El Oso de Oro fue para la brasileña *Tropa de elite*, de José Padilha ■ Foto Reuters